

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 26 DE NOVIEMBRE

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

## La Universidad Centroamericana

HAY un pensamiento verdadero y exacto que constituye hoy la base de cuantos ideales se sustentan relativamente al acercamiento de los pueblos ibero-americanos: pasó la época infecunda de los piropos recíprocos y la mutua adulación. Necesitamos «obras» y no «buenas razones»; actos tangibles de armonía y no himnos pindáricos a la Raza; medidas prácticas de colaboración internacional y, si posible fuere, instituciones que cuajen en realidades efectivas y vivientes, y definan el ánimo de concordia, que tan evidente se muestra en todas partes, a través del vasto continente civilizado por España y Portugal.

No que desdeñemos la acción de los poetas, de los soñadores magníficos y proféticos. Ellos fueron los creadores de la idea de raza ibero-americana en este vasto mundo latino, en este continente de lirias heroicas; pero es tiempo de encarnar el ensueño y cristalizar el ideal. Y, para encarnarlo, había que recortarlo y graduarlo.

«No se ganó Zamora en una hora», —reza el proloquio prudentísimo.

Todo lo grande es difícil de ver; todo lo largo se va logrando «por partes»; todo lo difícil se facilita y alcanza resolviéndolo en episodios coadyuvantes. Sigamos difundiendo y acrisolando el concepto de una Anfictionía Ibero-americana; pero procedamos, desde luego, a realizar lo próximo y hacedero: el «centroamericanismo», esto es, la consecución de una síntesis de los intereses espirituales y materiales de la América más nuestra, de la América ístmica.

Imaginan los pueblos del sur que en Panamá había de cesar, lógicamente, la avidez yanqui. No es verdad. La avidez yanqui, como toda sincera «voluntad de poder», que dijo Nietzsche, no tiene límites, si se halla servida, como en el caso de los Estados Unidos, por una inteligencia lúcida y una diplomacia excelente. El fruto acerbo de esta voluntad enérgica es el monstruo «pan-americanismo», que nos unce, a los pueblos latinos,

como al carro de un triunfador ejemplar, de un César del siglo XX, rico en hombres, caudales, armas y promesas. Los Estados Unidos representan el poder máximo del imperialismo anglosajón; el misticismo racial victorioso en los comienzos de la centuria que alcanzamos.

El primer enemigo importante del pan-americanismo de Monroe es la idea centroamericana, que puede ligar a México con los demás pueblos ístmicos; no, en verdad, para imposibles empresas de conquista y expoliación, sino para una confiada, honda y perdurable labor de hermandad intelectual y moral. Desde las páginas de *Revista de Revistas*, invitamos a los hombres de buena voluntad, a los patriotas mexicanos y centroamericanos, a colaborar en el acercamiento que principiará a realizar la deseada y lejana Anfictionía.

### II

Nada puede temerse o recelarse de México. Nuestros hermanos de Centro América saben bien que el imperia-

lismo mexicano, dado que existir pudiera, sería un disparate ridículo y un crimen de lesa civilización. Nuestra turbulenta democracia, caótica muchas veces y delincuente, es, no obstante, la mayor defensa de los pueblos latino-americanos ante la avasalladora acción de los Estados Unidos. Somos, después del Brasil, la República más populosa; de tradiciones más añejas, de historia más atormentada, y, con Venezuela, la Argentina y Colombia, la de pasado más glorioso. Sólo el Perú rivaliza con México en la majestad de su alcurnia sintética que expresa el viejo nombre de la patria: Nueva España. Nuestra capital es el centro más populoso de América, desde San Francisco hasta Río de Janeiro. En esta vieja Tenochtitlán, en esta ciudad sucesivamente imperial, virreinal, democrática, puede intentarse la fundación de la primera Universidad Centro-Americana.

Invítese a cada nación de la América ístmica, Guatemala, Costa Rica, el Salvador, Honduras, Nicaragua y Panamá, a enviar uno o dos representantes distinguidos de su cultura a tratar con los nuestros de la fundación de una gran casa de estudios a la que llegarían a incorporarse como catedráticos.

(Pasa a la página 146).

## El político y el cura: he ahí el enemigo de la escuela normal

...He ahí por qué, fuera de ser malo en sí mismo, es peligroso denostar al maestro argentino, cuya obra, tan deficiente como se quiera, constituye la esperanza del país.

Conocida es también la fuente de ese concepto injurioso, y desde ahora, novelesco por definición: él formula el eterno agravio clerical contra la enseñanza laica, la vieja propaganda dirigida por sacerdotes extranjeros que no quieren perder su nacionalidad, como lo demuestra el hecho de vivir y morir aquí sin naturalizarse nunca. Son, efectivamente, rarísimos los casos

de naturalización de sacerdotes extranjeros, tan necesaria, sin embargo, en quienes pretenden dirigir nuestros espíritus, determinando así la orientación definitiva de la patria. Por esto, la constitución, cuyos autores no eran anticlericales, ciertamente, exigió el permiso del Congreso para la instalación de comunidades extranjeras. El brutal materialismo de nuestros políticos ha echado en olvido esa prescripción, y ojalá nunca debamos lamentarlo; pero, entre los maestros argentinos que realizan su obra como pueden, buena o mala, o más mala

que buena, aun cuando siempre por culpa de los políticos, y el sacerdocio extranjero, a quien lo que más interesa no es la escuela argentina, sino la escuela confesional, el buen ciudadano tiene indicado su rumbo.

Los políticos, dije, y vaya una anécdota que referí la otra noche en una reunión de maestros.

Trataba yo de conseguir en 1905 que se aumentara y uniformara la renta de las cátedras fijándola en doscientos pesos—durante cerca de veinte años había sido de ciento treinta,—así como que se autorizara la acumulación hasta de cinco cátedras. El presidente Quintana y el ministro González habían aceptado la iniciativa, pero ello no prosperó en el congreso, donde sólo se votó un aumento de cincuenta pesos por cátedra. Y ello a virtud de esta razón: que si tal pasaba, habría en las provincias cate-dráticos mejor rentados que la generalidad de los ministros, y aun que algunos gobernadores, con lo cual sería imposible contenerlos. Esta fórmula, mal disimulaba, por cierto, el miedo a la independencia del hombre inteligente, la baja envidia, que es peste endémica en todo parlamento, el dominio de las escuelas con propósitos políticos y bajo amenaza de hambre. El político y el cura: he ahí los enemigos de la escuela normal. Tienen razón. La escuela normal como toda casa donde se enseña a enseñar la verdad demostrada y el uso libre de la razón, comporta un peligro para los agentes de la obediencia. «No se puede gobernar sin el cura», me decía una vez cierto viejo zorro de mi pago. Ya lo creo. No se puede gobernar sin dogma, porque el principio de autoridad es de tal modo vejatorio para la dignidad humana, y violento, que no le basta la tiranía material servida por esos aparatos formidables llamados policía, ejército, justicia: debe recurrir, todavía, a la opresión moral e imponerse embruteciendo.

La escuela moderna, que para bien nuestro existe ya en algunos puntos del país y ello por mano de normalista, suprime de sus métodos la obediencia. Es así el esbozo de la sociedad futura torpemente preludiada por nuestras democracias laicas: aquella sociedad cuyo advenimiento esperamos, precisamente en razón de que está fracasando la civilización fundada sobre el dogma de obediencia. La espantosa catástrofe a que asistimos define el resultado de aquella dos veces milenaria civilización cristiana en cuyo nombre se predica la escuela con Dios. ¿Para qué? ¿Para eso?...

Veinte siglos bastan a la naturaleza para transformar una especie. El dios de los cristianos, el dios de paz, no ha podido en ese tiempo suprimir la gue-

rra. Todo lo contrario. La civilización fundada en su nombre sucumbe en el más vasto mar de sangre que jamás haya cubierto la tierra. Imposible, pues, tachar de impacientes a los que quieren ensayar otra cosa. Los dioses y los amos nos han enseñado que la autoridad política es necesaria para conservar el orden a cuyo amparo prospera la sociedad, garantizar la propiedad, asegurar la vida. Ya se ve cómo lo entienden cuando les place. Un año de guerra causa más desorden, más iniquidad, más pérdidas de vidas y haciendas que las plagas naturales y sociales de un siglo. Obedecer y resignarse durante dos mil años para llegar a este fin, es, me parece, el colmo del desencanto.

La escuela laica representa, pues, una esperanza suprema, y hemos de defenderla sin Dios, mientras llega la hora de establecerla sin amo. Que también un día suprimiremos esa im-bécil crueldad de oprimir niños en nombre de un orden constituido para

esclavos. La libertad del niño es un encanto que la tierra necesita recobrar. El dogma feroz ha de caer ante ella como se derrumba el castillo de sombra y de hielo del invierno al aletazo de la golondrina primaveral. Estos propósitos son demasiado bellos para que los interesados en su realización descuidemos al maestro. Van en ello los intereses concordados de la libertad y de la patria; y para que otros menos grandes no puedan viciarlos, defendemos el espíritu magistral contra todas las sectas—blancas o coloradas, teológicas o ateas. Por otra parte y este es ya un resultado apreciable de la catástrofe europea, todas las sectas han muerto moralmente, al traicionar cada una su propio credo; de tal suerte, que bastó un trompetazo para que, de un día a otro, mostraran la misma hilacha los monarcas del derecho divino y los amos del sufragio universal...

LEOPOLDO LUGONES

(La Nación, Buenos Aires).

## La Universidad Centroamericana...

(Viene de la página 145).

tics de número. Constitúyase de esta suerte u otra semejante, el cuerpo de profesores de la benemérita empresa. La población escolar se integraría con los jóvenes de estas nacionalidades que forman ya, a Dios gracias, la clientela más importante de la Universidad Nacional y con el contingente que prestarían de fijo los jóvenes mexicanos y las juventudes de los pueblos del sur.

Creada el «Alma Mater», habríase dado el primer paso serio hacia la realización de la comunidad espiritual centroamericana. El tiempo, al transcurrir, la perfeccionaría y difundiría en la vida nacional de México, primero, y, más tarde, por los países del sur. Su triunfo definitivo se conseguiría sin mucho esfuerzo porque su origen radica en una necesidad palmaria.

Hoy, las razas no son resúmenes de caracteres anatómicos; no se basan en el color de la piel, la forma de la cabeza, el ángulo facial o nasal y la sección del cabello observada al microscopio; sino en la comunidad espiritual; en los caracteres diferenciales psíquicos de grupo a grupo humano. Por esto constituimos una raza aparte los mestizos ibero-americanos; por esto, también, nos solidarizamos fatalmente, a través de Portugal y España, con la cultura y la civilización latinas. El lenguaje, la religión y las costumbres nos suman al gran conjunto de pueblos que Roma instituyó, y que sostiene el prestigio del nombre latino en la historia.

Necio sería pretender oponerse a la obra multánime de las gentes. La conciencia que abrigamos de la especie nos une a lo que es como nosotros y nos aparta automáticamente de lo que diferente se muestra. Por más que nuestras relaciones mercantiles sean estrechísimas y constantes con los Estados Unidos, la raza, la conciencia de la especie, nos apartará del pueblo yanqui y nos unirá con guatemaltecos, costarricenses y salvadoreños. No en balde se habla secularmente la misma lengua, se tiene los mismos usos y costumbres y se adora al mismo Dios. Por el norte, nunca nos asimilaremos; será preciso que nos descasten a todos y que nuestros hijos o nuestros nietos olviden el castellano y se labren, por medio de un idioma próximo pariente del inglés, una alma lejana.

En cambio, por el sur, la cultura es la propia; igual el alma. La humanidad, inconscientemente, trabajó por anticipado, borrando las fronteras políticas con sus grandes y profundas razones históricas, que en un tiempo las crearon. Pero aquí no se trata de política, sino de civilización. Estamos, como diría Renán, «a mil leguas de la política». O quizá sea mejor declarar que emprendemos la única política verdadera, la sola inmaculada, que integrará nuestra *Ciudad del Porvenir*: la política centroamericana precursora de la Anfictionía Ibero-americana.

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México, D. F.)

## Motivos de reflexión en estos días de política tempestuosa

[De una carta al distinguido Director de *El Tiempo*, de Bogotá, extractamos estos conceptos oportunos].

...Con profunda alarma contemplamos mucho los rumbos que va tomando la política, orientada hacia una acritud y una inmisericorde crueldad verbal que nada bueno augura. Uno de los males de estas democracias está en el alejamiento sistemático que respecto de las cuestiones públicas adoptan sus mejores hombres, y lo que ahora ocurre está en vía de justificar esa actitud al parecer egoísta. ¿Cómo pedir a gentes discretas y amigas del estudio y del trabajo, que se lancen a esta cueva, no ya de leones, sino de alimañas menos hidalgas y más feroces, a ser escarnecidas y destrozadas? Nuestra tradicional cortesía está siendo reemplazada por una agresividad sistemática que parece ser la tinta en que se mojan todas las plumas; los jóvenes no consideran ya su prosa aceptable si falta en ella el epíteto detonante, la frase injuriosa, el estilo violento y exasperado. Las razones se han reemplazado con los gritos, los argumentos con el vocerío de la difamación; al adversario no se le discute, sino que trata de abrumarse bajo un alud de dicerios. Y gran parte del público va pervirtiéndose en estas prácticas, y asiste ya a los debates políticos con el mismo espíritu de aficionado que va a los toros, a ver sólo desplantes de guapeza aparatosa, y feroz lucha de insultos y de burlas, de agresiones y de bramidos.

Al lado del vocablo grueso, la sugestión malévola, o la calumnia desatada. Si usted no está de acuerdo conmigo, queda por lo mismo clasificado entre los malhechores; si hay que combatir alguna idea o proyecto, el blanco del ataque es, no lo que ellos encierran e digan, sino la personalidad de quien los sostiene. Y al discutir las grandes cuestiones públicas, ya viene el arrastrar de sables inexistentes, las bravuconadas de uno y otros, el espíritu de pelea tropical, en vez de la contraposición de grandes principios.

Todo esto, señor Director, está rebajando deplorablemente el nivel de nuestra política y está llenando de tristeza y de pesimismo a quienes la observan desde lejos con espíritu desinteresado. En esta inversión del criterio a que asistimos, se desconoce la verdad de que la violencia y el rudo choque personalista son pasiones primitivas y síntomas de barbarie. Así como en las clases sociales a menor educación corresponde mayor brutalidad, más burdas maneras y más soeces proceder, así en lo político y en lo social los pueblos se avalúan por

la acritud de sus polémicas y por la calidad de su Prensa. Los que no estamos saturados de pasiones y templados en ellas al rojo blanco, no comprendemos este vértigo de atrabiliaria exaltación que se está apoderando aquí de escritores y políticos, y que muchas veces hace aparecer el estadio de la prensa como el anillo donde se libra una salvaje riña de gallos, cuando no evoca a esos San Sebastianes caros a los pintores del Renacimiento y que aparecen atados a un poste—el de su dignidad—y acribillados de flechas que les disparan enemigos imposibles de ver.

¿No podrán reaccionar nuestra prensa y nuestra política hacia proceder y campos menos odiosos, y que menos desacrediten la intelectualidad de esta tierra? Para eso se necesita valor,—no el barato valor de injurias que hoy todos exhiben, sino el valor de dominar los malos impulsos, de mirar hacia arriba y no hacia abajo,—de tomarse el

*Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al ple la indicación de dónde proceden.*

trabajo de pensar y razonar, dejando de lado ese recurso sencillísimo de la agresión personalista, que está al alcance de todas las plumas.

Quizá usted no publique estas líneas, hijas sólo del deseo de que no siga aplebeyándose nuestra vida pública, y de que no se ericen sus puertas con alambradas de insulto ante las cuales retrocede toda naturaleza delicada; pero léalas al menos y piense si no es la hora de hacer una cruzada en pro de la moderación y la cultura, que no excluyen las luchas por ideas y partidos, sino antes bien las vigorizan y aquilatan; que restablecen la verdadera proporción de las cosas y permiten ver los grandes intereses públicos y las ideas que no mueren, cosas ambas veladas hoy por el furor de pugnas estériles para la República, nocivas para el alma popular, que en ellas va adquiriendo hábitos de procaz incultura y de inicuo desprecio por la honra ajena, capaces de dar a este país de tan grandes tradiciones intelectuales una detestable fisonomía de vulgaridad.

Y excuse usted a quien—para que no se crea que de algo propio se duele, cuando por fortuna de estas algaradas ya tan sólo «los ecos melancólicos le llegan»—no firma esta carta, que es apenas el brote, quizá indiscreto, de una conciencia.

XYZ.

## Cosas de niños



MADRE.—¡Ya es muy noche!, ¿qué vienes a hacer aquí?...  
HIJO.—Vengo a que me des un susto para que se me quite el sueño.

(Excelsior. México, D. F.)

(POR GARCÍA CABRAL.)

## LITERATURA CONTEMPORANEA

# "Paz en la guerra"

## y los novelistas de las guerras civiles

## I

*Una novela resucitada*

*Paz en la guerra*, al publicarse ahora su segunda edición, después de veintiséis años, es como una novela resucitada. En las nuevas generaciones de los lectores de Unamuno habrá pocos que conozcan este libro. Para la mayoría del público actual tendrá toda la novedad de una novela inédita. Estaba agotada hacía tiempo, y probablemente la tirada no fué muy numerosa. En 1897, Unamuno era un escritor que empezaba a darse a conocer. No recuerdo si había publicado ya en *La España Moderna* su ensayo *En torno al casticismo*, que llamó la atención hacia el vigoroso pensador que allí se revelaba. *Paz en la guerra* fué el primer libro importante de Unamuno: su novela de juventud y, con todo, la mejor y más artística de sus novelas. «No creo tener derecho—dice en el prólogo—, ahora que me falta año y medio para llegar a la sesentena, para corregir, y menos reformar, al que fuí en mis mocedades de los treinta y dos años de vida y de ensueño.

»Aquí, en este libro—que es el que fuí—, encerré más de doce años de trabajo; aquí recogí la flor y el fruto de mi experiencia de niñez y de mocedad: aquí está el eco y acaso el perfume de los más hondos recuerdos de mi vida y de la vida del pueblo en que nací y me crié: aquí está la revelación que me fué la historia y con ella el arte.»

*Paz en la guerra* es todo eso. El más fiel resumen artístico de la parte bilbaína de Unamuno. Sus amigos y admiradores quisiéramos que ahora, en la madurez de la próxima sesentena, escribiera Unamuno para hacer juego con esta hermosa obra de juventud, la novela de su Salamanca, el resumen artístico de su parte castellana.

## II

*La segunda lectura*

He vuelto a leer *Paz en la guerra*. En *Novelas y novelistas* la había dedicado un capítulo. Al penetrar en las páginas de la nueva edición he experimentado la curiosidad y la inquietud del retorno. El retorno suele ser un sendero de melancolías. Rara vez la segunda visita a las cosas que conocimos o vivimos deja de ofrecernos cierta desilusión, y, sin embargo, un punzante atractivo nos mueve a remover

el contacto o encuentro primero, la sed de vivir dos veces las cosas, desafiando al desengaño, que en la segunda visita nos acecha. Segundas partes del amor, segundas visitas a los lugares del ensueño, retorno a la fe primera o a la vida juvenil, son pruebas difíciles a que sometemos la ilusión original. La virginidad de las cosas, no es perenne; pero en las que lo merecen queda la reserva de su fecundidad. También las segundas lecturas suelen castigarnos con desilusiones; pero las verdaderas

**"Pegaso"**

Montevideo-Uruguay

---

Es la única revista nacional de letras que se publica en el Uruguay.

---

San Salvador 2309  
Montevideo

obras de arte no sólo las resisten, sino que ganan con ellas, ofreciendo nuevos descubrimientos y nuevos motivos de emoción. La consagración de la posteridad está formada de una sucesión de segundas lecturas. Los buenos libros son para la *lenta lectura* del filólogo y para la lectura repetida del amante de las letras. El libro superficial, que acaso cautivó la curiosidad en una primera rápida lectura, se nos ofrece mustio, marchito, si por acaso volvemos a él.

Creo haber visto y sentido al releer *Paz en la guerra* más cosas y más emociones que vi y sentí en la lectura primera. Algunas correcciones tendría que hacer en mi juicio de antaño acerca del libro, aunque no en lo fundamental. *Paz en la guerra* no ha perdido para mí la frescura y lozanía originales; pero vislumbro en ella más hondo subsuelo. Ni siquiera ha palidecido aquella forma de realidad presente que llamamos actualidad. El autor lo dice, y estoy conforme: «Aparte el valor literario o artístico—más bien poético—que pueda tener, es hoy, en 1923, de tanta actualidad como cuando se publicó. En lo que se pensaba, se sentía, se soñaba, se sufría y se vivía en 1874,

cuando brizaban mis sueños infantiles los estallidos de las bombas carlistas, podrán aprender no poco los mozos y aun los maduros de hoy». Caen las hojas del árbol de la historia y le brotan otras, mas el tronco permanece; y esta novela de Unamuno es historia poetizada.

## III

*Los cuatro novelistas de las guerras civiles*

*Paz en la guerra* coloca a Unamuno entre los novelistas que han sido los épicos de nuestras guerras civiles. El fué el primero en acometer este asunto histórico y legendario, tan popular, tan español, entre los cuatro principales novelistas de las guerras civiles. *Paz en la guerra* se adelantó a los *Episodios Nacionales* de Galdós, de la tercera y la cuarta serie; a las novelas de la guerra carlista, de Valle Inclán; y mucho más, como es consiguiente, a los nuevos episodios, de Baroja, que forman en la galería de *Aventuras de un hombre de acción* y que son de ayer.

Sería un curioso cotejo, no falto de interés ni de enseñanza literaria y psicológica, el de estos cuatro novelistas de las guerras civiles, tan diferentes en estilo, en temperamento y opiniones, y, con todo, no muy divergentes en la visión de los hechos, lo que abona su imparcialidad y acusa la sugestión épica del asunto. En Valle Inclán predomina el espíritu de la gesta heroica, que inspiró las admirables páginas de elocuencia latina de *Gerifaltes de antaño* y el sobrio y dramático episodio de *Los cruzados de la causa*. Es el más épico. Pérez Galdós, en sus *Episodios* de la tercera y cuarta serie, tiene la visión serena de un espectador curioso e imparcial, de la cual se destacan los perfiles descriptivos y los rasgos anecdóticos. En los libros de Baroja vibra el dinamismo del espíritu de aventura; son una gesta menor, de sabor primitivo y verídico, que no llega al amplio ademán épico de las novelas de Valle Inclán. Galdós y Baroja son los más estrictamente *historiales*, aunque los otros no dejen de ser *históricos* y acaso lo sean tanto. Unamuno es el más filosófico, el que más ahonda en el fenómeno de la guerra y el que escucha con preferencia las voces eternas que acompañan al momentáneo fragor guerrero. Su novela, aun girando en torno de un episodio local: el sitio de Bilbao en 1874, mira a lo profundo, a las raíces históricas lejanas. El hecho, el caso histórico, figurado o reproducido con el colorido y la plasticidad viviente que le presta el recuerdo personal del testigo, rebosa de su propio contorno y se dilata por un ancho horizonte de conexiones y de causas. La guerra no es ya, en esa visión amplia y pene-

trante, una accidental contienda entre dos ramas dinásticas y dos ideologías políticas; es la renovación de oposiciones seculares, brote nuevo de herencias remotas, lucha entre el campo y la ciudad, entre el hombre del mar y el de la montaña, entre el mercader y el labrador; y es más: es una anécdota del eterno flujo y reflujo de la paz y la guerra, de la creación y la destrucción.

Estas novelas de la guerras carlistas son su proyección épica, acomodada a los tiempos y a los reinantes estilos literarios. Escritas a alguna distancia, veinte años después la más próxima, y en una época de literatura erudita, están en una relación parecida a la de los poemas y los romances eruditos con relación a su material histórico; pero conservan algún reflejo del ímpetu popular de que está plétórico el asunto.

## IV

## Un asunto popular

LAS guerras civiles fueron las más populares, quizás las únicas guerras populares españolas. Las grandes guerras del período imperial, de la época de los Austrias, fueron medianamente populares, si acaso en el aspecto religioso. Por debajo de la vanagloria y la adulación cortesana, el espíritu popular trascendía en la literatura y en los cuadernos de Cortes en queja de que la sustancia de los reinos de España se consumiera en empresas extranjeras. Desde los tiempos primitivos tuvieron las guerras genuinamente españolas el carácter y la forma de guerras civiles y de guerras de partidarios. La Reconquista es una larga sucesión de guerras civiles. Guerra civil fué la guerra de Sucesión de España. Guerra civil también, en su parte más popular y viviente, de lucha de guerrilleros y partidarios, la guerra de la Independencia, que preparó las guerras dinásticas del pasado siglo y educó a su adalides.

Desde los tiempos primitivos, antorromanos, el guerrillero fué el genuino tipo bélico español que persevera y continúa hasta nuestra época. Es creación natural del suelo, del espíritu individualista e independiente de los naturales, de la contextura inorgánica o poco orgánica de la sociedad española, compuesta de varios cuerpos o sociedades mal fundidos. El cabecilla es naturalmente el héroe nacional, desde Viriato al cura de Santa Cruz. Es significativo el número de cabos o generales extranjeros, italianos, franceses, alemanes, que dirigieron las huestes españolas en las grandes guerras de los siglos XVI y XVII. En cambio, los héroes más netos y castizos, como el capitán de todos, el buen ca-

## REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.  
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

ballero Rodrigo Díaz de Vivar, *el buen vasallo si tuviera buen señor*, eran cabecillas, jefes de partidarios. En los cabecillas más distinguidos de las guerras carlistas, en aquellos curas y aquellos escribanos que batieron tantas veces a los soldados profesionales, subsistían algunas de las cualidades heroicas de los guerrilleros y adalides antiguos. Eran Viriatos y Cides venidos a menos, a veces contaminados del espíritu bandolérico, a que es tan dado el partidario. El héroe y el forajido se amalgaman frecuentemente en tales tipos. Estas castizas figuras no se dieron sólo en el campo carlista. También en el liberal los mejores caudillos fueron los que tenían dotes de guerrilleros, de cabecillas.

Fueron éstas las guerras populares, en que no se preguntaba el *épor qué?*, que hace vacilar la moral del guerrero. Fueron además, las guerras naturales, como esfuerzos y forcejeos de constitución de la sociedad española, buscando un asiento estable de instituciones, que todavía no ha encontrado. Esto las distingue profundamente de las empresas de los *chouanes* de Francia, que fueron una fugaz anécdota en la historia del país vecino, la última convulsión de un régimen caduco. Por ser un fenómeno tan viviente, tan real, encerraban aquellas contiendas un fondo poético y dramático que se ha vertido en ese florecimiento de novelas, forma moderna de la épica.

## V

"Paz en la guerra", en la novelística y en la estilística de Unamuno

DESPUÉS de *Paz en la guerra*, Unamuno ha escrito varias novelas: *Amor y pedagogía* (1902), *Niebla* (*Nivola*) (1914), *Abel Sánchez*, *Una historia de Pasión* (1917), *La tía Tula* (1921). *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920). Estas novelas no se parecen artísticamente a *Paz en la guerra*. El

propio autor señala la diferencia en el prólogo. «En esta novela—dice—hay pinturas de paisaje y dibujo y colorido de tiempo y de lugar. Porque después he abandonado este proceder, forjando novelas fuera de lugar y tiempo determinados, en esqueleto, a modo de dramas íntimos, y dejando para otras obras la contemplación de paisajes y celajes y marinas. Así, en mis novelas *Amor y pedagogía*, *Niebla*, *Abel Sánchez*, *La tía Tula*, *Tres novelas ejemplares* y otras menores no he querido distraer al lector del relato del desarrollo de acciones y pasiones humanas, mientras he reunido mis estudios artísticos del paisaje y del celaje en obras especiales, como *Paisajes*, *Por tierras de Portugal y de España* y *Andanzas y visiones españolas*. No sé si he acertado o no con esta diferenciación».

Creo que no. Las novelas posteriores a *Paz en la guerra* son novelas desencarnadas, escuetos ejemplos morales, a los que el autor, con una especie de ascetismo literario, los priva del accidente en que está el encanto sensual de estas fábulas. Unamuno ha proclamado la teoría de la tragedia desnuda, despojada del artificio escenográfico. En estos libros practica la teoría de la novela desnuda, que vuelve, en cierto modo, a la forma simple, escuetamente narrativa, de los primitivos *novellieri* y autores de ejemplos, si bien no por inocencia y desmaño, sino por un espíritu místico o cuasi místico, que exalta el mundo interior y desprecia o rechaza lo sensible. Son novelas de espíritus, novelas intelectuales, mientras que *Paz en la guerra*, sin perjuicio de la vida interior de sus personajes, ofrece a la fantasía la visión coloreada del espectáculo sensible, finos y severos paisajes, rumor y junta de multitudes, fisonomía de sujetos, y hasta aquellos particulares menudos del carácter que sin ser sensibles escapan a una novela desnuda demasiado esquemática. El accidente, la individuación, es lo que da a la novela, y a la misma historia, la sugestión artística. El secreto del atractivo de las historias que cautivan como novelas está en el pormenor, en el accidente, porque la realidad se comunica a nosotros por medio de pormenores y accidentes.

Es cosa algo opinable y fluctuante la estilística y todos los métodos de cotejar y medir estilos de la palabra. Contra lo que algunos creen, por una falsa apreciación de la casticidad y la clasicidad, Unamuno me parece una de las máximas autoridades actuales de la lengua, uno de nuestros mayores romancistas, penetrado del espíritu y de la historia del romance castellano como pocos y, desde luego, infinitamente más castizo y más clásico, más digno de ser modelo, que los fríos ar-

caizantes que andan cazando a lazo vocablos engolados y fríos para hacer con ellos algo semejante al retrato de golilla de la fábula de Iriarte. A Unamuno hay que leerle despacio, con lectura de filólogo, saboreando el vocablo, jugoso, maduro, propio para el caso. En *Paz en la guerra* apunta esta compenetración del escritor con la lengua, que, siguiendo el proceso general en el literato como en el artista, ha llegado después a la madurez, al dominio y fácil manejo del material artístico. Unamuno me recuerda a Juan de Valdés. Tiene el saber y el *sabor* del idioma. El estilo de Unamuno le parecerá escabroso y borrasco a tal hablista seducido por los figurines arcaicos. Tiene la gran virtud de la propiedad: una expresión sobria, magra, certera, penetrante, que en los momentos de emoción (en las poesías por ejemplo) se caldea e ilumina con fuego poético. El léxico es superior a la construcción, acaso, aunque ésta participa de la sencillez y propiedad que se observan en el uso del vocablo.

#### UNAMUNO Y TOLSTOI

POR el espíritu filosófico, *Paz en la guerra* recuerda a una de las más grandes novelas que ha producido la literatura universal en el siglo XIX, *La guerra y la paz*, de Tolstoi. Esta desenvuelve su acción en el vasto escenario de las guerras napoleónicas; la española, en el pequeño ámbito local de una guerra civil de escasa trascendencia universal y corta perspectiva histórica. Mas la virtud de la mirada filosófica consiste en elevar el caso humano a términos de universalidad, aunque en sí sea menudo y frágil. Ambas novelas ennoblecen y enriquecen la visión épica con el contenido moral y el combate psicológico. El héroe, el tipo puramente épico, es algo superficial y primitivo, esencialmente fenoménico, una exaltación del fenómeno, si no se mira más que la proyección material, la hazaña, el estrépito bélico. Ante la visión filosófica, la guerra y la paz se presentan como movimientos de flujo y reflujo, como olas del devenir humano, mudable y perpetuo.

Honra a la novela de Unamuno el que despierte tal recuerdo.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(El Sol, Madrid).

### Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

## 2) Asuntos de las Antillas

### El imperialismo yanqui

(Concluye. Véase el número anterior)

Conocidos sus fundamentos *sobrenaturales* y su estupenda misión, oigamos el juicio que sobre la Democracia norteamericana formula Francis Grierson: «Hay en América un elemento de *snobismo* tan sutilmente ambicioso, tan duramente dominante, que nada escapa a su marchitadora influencia. Socolor de intereses nacionales, hace sentir su presencia en el Capitolio y en los concilios, del mismo modo que en los centros comerciales... Sobre la palabra Imperialismo hay un imperioso repiqueteo: suena con un tono bélico que implica desconfianza y mando. Aspira no sólo a igualdad con las viejas casas imperiales, sino a la superioridad en riqueza y poder mundial... Lincoln se mantuvo en esa línea misteriosa que separa las gloriosas proezas del pasado de los privilegios populares del presente y del inmediato futuro; paró ante las tumbas de Gellysbury, como la figura suprema del mundo. De la muerte de Lincoln al advenimiento de Cleveland, la era del privilegio en América cumplió su obra y la de la vanidad comenzó. Tres cosas han causado esta prematura vejez: el rápido y continuo aumento de la riqueza, la pasión americana por los viajes y una apresurada, superficial cultura. Larga y continuada prosperidad han creado un amor al lujo sin paralelo en la historia del mundo...; escuelas, colegios y literatura baratas, la creencia en que la más alta cultura consiste en oír y ver.

«Un pueblo que está gobernado por algunas veintenas de millonarios cuyos padres habían habitado moradas palaciegas, no es tan joven como lo supondría un observador superficial. Los americanos han vivido tan aprisa, que sólo un insignificante pequeño número ha tenido tiempo para leer y digerir la obra de los grandes pensadores y escritores... Científicamente considerado, el hombre de negocios americano tiene joven la cabeza; socialmente considerado, tiene viejo el corazón. En punto a imaginación, todavía inventa y crea; en punto a sentimiento, está disgustado y *blasé*.

«Al pueblo americano, cuyos *leaders* no son los ministros, ni los hombres de ciencia, ni los pensadores, sino la clase rica de Washington, Nueva York y Chicago, se le está ejercitando y preparando rápidamente para las pompas del Imperio. Por el continuo buen éxito en el mundo manufacturero y la

dominación de los mercados de granos de Europa, los trabajadores americanos serían capaces de vivir con tanto *confort* como un emperador.

«Es un error suponer que el lujo, codicia y ambición americanos, son recientes desarrollos de la vida nacional. Wendell, Philips, Garrison, Sumner, Brooks, Hale ya no cuentan, excepto entre una pequeña clase de gente culta perteneciente a los Estados de Nueva Inglaterra. Los discursos y escritos de los Emersons y Parkers no influyen ya en la mente nacional. La nación entera está influida ahora por las clases ricas de los centros de tono. Washington brilla con el resplandor de embajatoria pompa; Baltimore tiene una corte cardenalicia; Nueva York es al par católico y episcopal; Chicago distingue entre los millonarios de corral y los del *Stock exchange*... La más terrible especie de orgullo, dice Carlyle en su *Revolución Francesa*, es el orgullo de la bolsa. Muerte y destrucción pueden sólo extinguir el delirio de la vanidad». (*The Doom of American Democracy*).

Los caracteres del imperialismo norteamericano son los siguientes: tiene por objeto el sometimiento de Estados cuya independencia y soberanía ha reconocido y tiene el deber perfecto o imperativo de respetar (Labra, Waleffe); es una avaricia ciega por mercados, por minas, por la explotación y monopolio de todos los recursos naturales de todos los países débiles, por todo lo que produzca el oro, metal de que son insaciables; su forma es la penetración pacífica, prestando dinero, comprando tierras, fomentando empresas y revoluciones, creando la animosidad entre los demás Estados e impidiendo celosamente su federación; en una palabra: la expansión comercial, abriendo el camino a la ingerencia en los asuntos interiores, a la oferta o imposición de sus buenos servicios, a los abusos de toda clase, a la intervención y, finalmente, a la ocupación militar, a la mediatización en toda forma, al protectorado, la conquista y la anexión; todo con una profunda hipocresía en los comienzos, con una brutalidad primitiva en los medios y una infatuación y un mal disimulado desprecio constantes e intolerables (Boutmy, Banal, Montferral, etc.)

Pero nada podría dar mejor idea de la altanería y descaro de la política imperialista yanqui, que oír expresarse

a los Jefes de Estado y Secretarios de Estado norteamericanos. El Secretario Olney, en ocasión del diferendo anglo-venezolano, declaró: «Hoy los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este Continente, y su *fiat* es ley sobre las materias a que se contrae su interposición». Y Roosevelt, ante la Universidad de California: «Si yo hubiese seguido tradiciones, métodos conservativos, habría sometido un exaltado mensaje de probablemente doscientas páginas al Congreso, y el debate que hubiera suscitado no estaría clausurado todavía; pero yo tomé la zona del Canal y dejé debatir al Congreso, y mientras el debate continúa, el Canal también continúa».

No tengo tiempo para ocuparme en las innumerables violaciones del derecho cometidas por los Estados Unidos de América, comenzando por la relativa a su nombre, pues éste pertenece al Nuevo Mundo, y el suyo propio es *United States of North America*. Me referiré, pues, sólo a la América Central. ¡Cuánto hubiera querido hablar de México, verdadera reina del mundo de Colón por su cuna y su hermosura!

«El Canal de Panamá es la más poderosa fortaleza de los Estados Unidos en la América Central. Los resultados de la política norteamericana de penetración en el Sur del Continente son de año en año más sorprendentes. Cuestiones políticas o económicas, todo sirve de pretexto al Gobierno de Washington para mezclarse en los asuntos de esos pueblos. Amigable u hostil, esa ingerencia les hace sentir siempre que no pueden nada sin el consentimiento de los americanos del Norte... Las vías de comunicación por tierra y mar están en sus manos. Sus Compañías marítimas y de ferrocarriles no son sólo remuneradora colocación de fondos; sirven también para extender su influencia. Lo mismo ocurre respecto de las innumerables empresas, comerciales y mineras, y de las plantaciones, que producen pingües beneficios a los famosos *trusts* y Sindicatos.

«La autonomía de las Repúblicas de la América Central no es sino aparente. Se limita casi siempre a la gestión de sus asuntos interiores; pero en toda cuestión que traspasa sus fronteras, son los Estados Unidos los que deciden en última instancia, y hacen prevalecer su voluntad, abiertamente a veces, mas en general por medios disimulados. Será difícil decir hasta qué punto el Gobierno de Washington pone la mano en las numerosas revoluciones de esas Repúblicas; pero es lo cierto que ha retirado siempre de aquéllas ventajas considerables. Las inmensas riquezas del antiguo Eldorado son hoy, en gran parte, la propiedad de capitalistas y empresarios del

Norte. La razón social lleva todavía a menudo un nombre español; pero el propietario, el patrón, son generalmente yanquis. Lo mismo hacen con los diferentes Estados. Poco les importa el nombre que las pequeñas o grandes Repúblicas llevan en el mapa; lo esencial es que sus ricos productos queden en provecho de los americanos del Norte.

«Las ciudades de Panamá y Colón, en las dos extremidades del Canal, no pertenecen oficialmente al territorio neutralizado entre el Pacífico y el Atlántico, que es aproximadamente de 450 kilómetros cuadrados; pero de hecho obedecen en todo las órdenes de Washington... La zona del Canal es una especie de Estado dentro del Estado: es la vanguardia y el bulvar de la América inglesa en plena América latina. La zona de Panamá es la gota de aceite del norteamericanismo destinada a extenderse a lo lejos. Los empleados de la Compañía cumplen también en cierto modo una misión política: su tarea es difundir en medio de las Repúblicas latinas la lengua inglesa y las ideas yanquis.

«Sostenida por el Estado, la Compañía hace una propaganda activa en favor de todas las instituciones nacionales. La vida se ha americanizado completamente en los dos bordes del Canal. Todo el país de origen español habla hoy el inglés. La vida social se ha americanizado también enteramen-

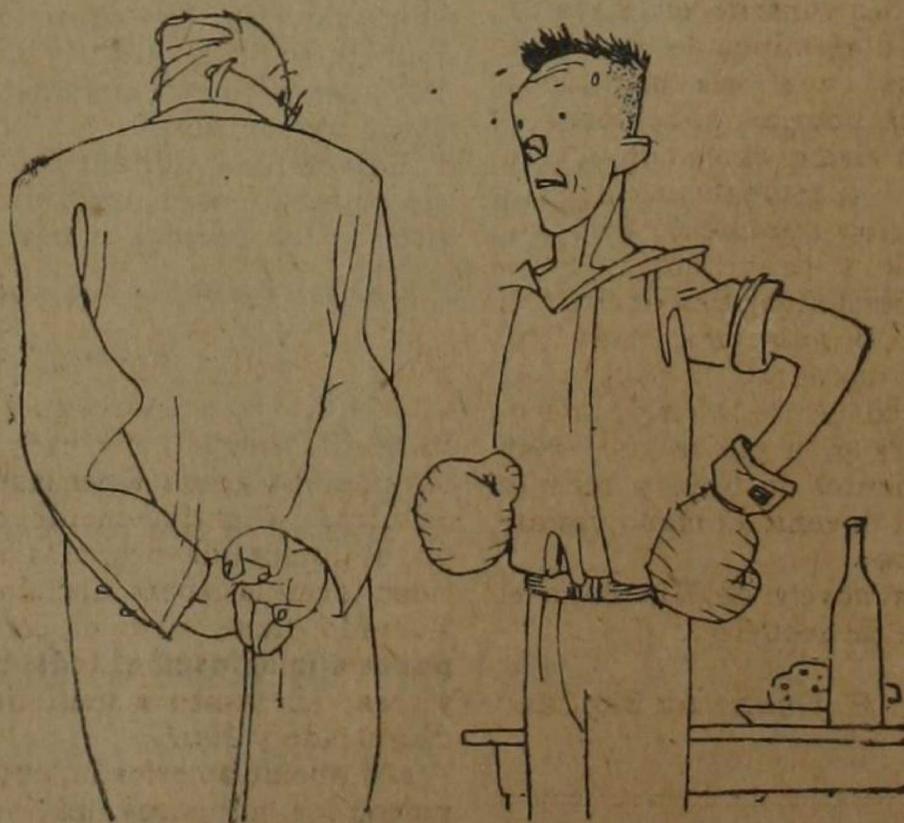
te; uno cree estar en los Estados Unidos. A pesar del calor tropical, se cultivan los mismos deportes fatigantes que bajo el clima templado del país natal... Por grande que sea la importancia del Canal desde el punto de vista del progreso material, la importancia psicológica de la empresa es aún mucho más considerable. La zona de Panamá que corta la América Central cumple allí la misma función que la arteria en el organismo animal...

«El establecimiento del Canal tendrá también una acción directa sobre las condiciones económicas de la América Central. Los Gobiernos de las pequeñas Repúblicas serán incapaces de resistir...

«La incorporación de la América Central es el primer objeto que se proponen, y que tratan de conseguir menos por la fuerza de las armas que por simple colocación de fondos. La compra de tierras, la adquisición de minas, la construcción de ferrocarriles, la creación de establecimientos industriales son un método que hasta ahora ha dado excelentes resultados.

«El más nuevo y eficaz instrumento de conquista de los Estados Unidos son los guineos. Hace años que han comprado las mejores tierras de la América Central y las han sembrado de guineos... La United Fruit Company tiene hoy la importancia que tuvieron antiguamente la Compañía de las Indias Occidentales y la de la Ba-

## El porvenir de la raza



- Bueno, ¿y a ti quién te enseña box?  
 —Mi abuelo, papá.  
 —¿Y qué tal?  
 —Lo dejé «knock-out».

(Excelsior, México, D. F.)

(POR GARCÍA CABRAL).

hía de Hudson... Los yanquis están a la cabeza del movimiento en todos los órdenes. El *americanismo* progresa irresistiblemente. El capital de los Estados Unidos compra cuanto tiene valor, de modo que las Repúblicas de Centro América concluirán por caer en su seno como fruto maduro. Al ver racimos de guineos en casa de los negociantes en frutos, nadie se figura a qué trabajo ingenioso, a qué organización complicada debemos esos deliciosos productos de la zona tropical. El pueblo sospecha todavía menos el oculto plan político que conlleva la cultura de ese fruto. ¿Quién pensaría en la importancia de la obra mientras está todavía en elaboración? Bien pocos, ciertamente; de igual modo que no se puede de ordinario formular un juicio objetivo sobre un acontecimiento de gran alcance, sino cuando éste pertenece ya a lo pasado». (Pierre Vay de Vaya: *L'Impérialisme Americain, Revue de Hongrie*, v. 19, 15 avril 1917).

Adrede he substituído mi parecer por el ajeno. Son el insigne profesor de Pisa y el escritor uruguayo antes citados quienes me sacan verdadero en la afirmación de que los Estados Unidos no constituyen nación, sino un aglomerado de hombres cuyo numen sórdido y cosmopolita confusión le impiden la formación de una conciencia nacional. Es Campbell quien nos descubre el loco afán de cimentar los orígenes humildes de ese pueblo en las profecías de la Biblia. Es Griensen quien nos señala la ruina de la Democracia angloamericana. Son Labra, Waleffe, Boutmy, Banal Montferrat, Salvador Turcios quienes nos dicen cuáles son las características de la política imperialista de los Estados Unidos. Es De Vaya quien nos describe la penetración pacífica de los americanos del Norte en toda Centro América, con su hipocresía, sus abusos, sus intrigas

y final absorción, y quien nos dice que el Canal de Panamá es un pie de ejército yanqui echado a tierra en Sudamérica. Es Hostos, en fin, quien advierte «a su buena y triste República Dominicana» del imperialismo norteamericano, y quien da, en la palabra *Desviación*, el secreto de su salvación definitiva.

Y *Desviación* es abstención de cooperar en todo pacto, convenio o entendido con el Gobierno de los Estados Unidos para la desocupación del país. Los derechos de independencia y soberanía de la República Dominicana no pueden ser comprometidos por nadie, y menos para lo que sea consecuencia o efecto de una ocupación militar. El pueblo dominicano debe

afirmarse fuertemente en los estribos de la libertad y resistir la corriente del imperialismo yanqui. Ese pueblo no debe ir a elecciones con tropas norteamericanas en su territorio, aunque estén reconcentradas en un solo punto de éste, porque perderá su soberanía.

Ese pueblo no debe aceptar que se le prometa en su nombre a los Estados Unidos que se reformarán su Constitución y sus leyes, *porque perderá su soberanía*. Los pueblos no tienen ningún valor jurídico si no son soberanos, y para conservarse tales no pueden doblar contritos la rodilla sino bajo la mirada de Dios.

AMÉRICO LUGO.

(*La Esfera*, Madrid).

## Glosas

ALGO NUEVO DEBAJO DEL SOL.

**D**IVÍDENSE los pareceres, al juzgar de si en realidad ha existido y existe, para el linaje de los hombres, algún movimiento eficaz, algún cambio y avance. Quien asegura la efectividad del progreso. Quien denuncia, en cambio, su inanidad, tal vez su ilusión. «El mundo es cada día más hermoso», llegó a decir, con exageración notoria, un famoso lírico alemán, Ludwig Uhland. Al contrario, entre otros, nuestro elegante y disolvente D. Juan Valera hacía constar que desde Nínive y Babilonia, desde un Sardanápalo o un Asuero, todo el esforzado curso de la historia humana no había servido ni siquiera para inventar algún nuevo pecado.

Esta última afirmación paréceme, sin embargo, algo aventurada. En la lista de los pecados mortales, no sé;

por lo menos, en la de enemigos del alma, se ha producido considerable novedad. ¿Cuántos y cuáles aprendimos ser los «enemigos del alma»? Tres: Mundo, Demonio y Carne... Pues bien; pensando en la sociedad actual, ahora convendrá contar hasta cuatro: Mundo, Demonio, Carne y Epidermis.

Esto, para no meternos a hablar de otro enemigo nuevo, llamado el *Nirvana* que probablemente los médicos de las almas sabrán muy pronto, como saben ya los médicos de los cuerpos, cuanto amenaza con ser peor en estragos que Mundo, Demonio y Carne juntos.

Hay algo nuevo, evidentemente, debajo del sol. Y en los dominios del amoroso vivir también pasan cosas que no habían pasado nunca. Vamos a referirnos a alguna de ellas.

TEORIA DEL AMOR ANASTROFICO.

Octubre, 24 de 1923.

*El Patronato de la Colonia Escolar Permanente suplica a Ud. haga publicar en el periódico que Ud. dirige y en un lugar visible, el siguiente aviso. De este modo Ud. ayudará en esta campaña de mejoramiento social:*

**¿Quiere ₡ 1,000 (mil colones) para sus gastos de diciembre?**

*La Colonia Escolar Permanente, rifa ₡ 1,000 (mil colones) en combinación con la lotería, que se jugará el 2 de diciembre. El billete que equivale a diez números de los de la lotería vale ₡ 1-00 (un colón).*

*Si se le ofrece un número, no lo desprecie. Piense que con muy poco esfuerzo puede ayudar a una institución que trabaja por el bien de los niños del país.*

CADA día aumenta en el mundo, y mejora en calidad, la clase de los perpetuos vagabundos que no pueden considerarse precisamente como mendigos. Artistas en constante *tournee*; diplomáticos siempre en mudanza de corte a corte; grandes políticos, grandes financieros, de radio de acción y de intervención muy dilatado; periodistas y escritores, saltando meridianos y paralelos al compás de la actualidad cosmopolita y voluble; naturalistas, arqueólogos y otros sabios, interesados por los problemas remotos; apasionados diletantes de alma viajera; y luego, mundanos entrenados en una persecución del placer, que también tiene algo como de obligación; enfermos tras del fantasma de su cura; semi-enfermos tras el miraje

de la distracción o el alivio—y, después, las gentes que por razones de profesión giran en torno de estas compañías errantes—, forman un mundo cuyo existir difícilmente se compadece con ninguna de las fidelidades ahincadas de la localización sentimental... En este mundo, los incendios de la pasión son frecuentemente cosa fugaz y ligera. No hay razón, sin embargo, para que hayan de serlo siempre... Quiere decir que debe proveerse a la manera de hacer compatibles en algunas sensibilidades delicadas la autenticidad, la seriedad y aun la profundidad del afecto con la intermitencia de sus manifestaciones de intimidad.

Aquí interviene la teoría del *amor anastrofíco*. Propongo que se llame así—con una fórmula verbal cuya pedantería sea precisamente la garantía y el escudo de su pureza ideológica—, a esta forma característica del amor moderno, en que la fidelidad se ha vuelto independiente de la continuidad. *Anastrofe*, trae, en griego, idea de *vuelta* o de *retorno*; puede este retorno ser periódico y regular, o no serlo; en el espacio, o en el tiempo, o en el espacio y en el tiempo a la vez. Un *anastroférota*—mote feo, linda virtud—es un amante *que vuelve*. Un amante, por ejemplo, que sabe que cada otoño encontrará durante un mes a su amada en el Lido o que arbitra el modo de realizar de tiempo en tiempo con ella una emocionada travesía en un transatlántico.

Entre otoño y otoño, entre travesía y travesía—o entre encuentro y encuentro en las ciudades del mundo—o entre cura y cura de sanatorio o balneario—o entre visita y visita al paso de un tren—, ¿qué exigencias recíprocas, qué normas para la conducta? Mucho lugar queda aquí, debe quedar inevitablemente, para las gracias y las diferencias del matiz. El amor anastrofíco prescinde, lo más frecuentemente, de buena gana, de reminiscencias de la caballería medieval o de la lírica trovadoresca. Ni el caballero que parte a la cruzada encierra a su dama en la soledad de una torre con puertas de hierro, ni Dulcinea exige a su Don Quijote esquivéz arisca cuando la aventura le trajere a casa de unos duques, donde las noches brindan regocijadas coyunturas de sorpresa y solaz. Crece en las pruebas la nobleza de la devoción; en el paso y cadena de los años, se acrisola; en la discontinuidad se eterniza. Si se platoniza, es por evolución, poco a poco. Una especie de conyugalidad dulce, con poesía muy segura por lo emancipada de los peligros de la cotidianidad, substituye sin desventaja para el espíritu, las perentoriedades—tal vez por lo mismo que brutales, pasajeras—

de la absorbente y autoritaria pasión. Los amantes elevan su ímpetu sentimental hasta aquel punto de perfección y de dignidad acabada, en que ya el nombre de amante ha de ceder plaza a aquel otro, mucho más raro, mucho más difícil para aplicado con exquisita propiedad—hasta el nombre de *amigos*.

Un *amor* que se educa en las rigurosas disciplinas de la ausencia para convertirse en *amistad*: esto es, en rigor, el amor anastrofíco.

#### ESPEJO DE ANASTROFEROTAS.

Dos breves historias, nada más, para iluminar un poco, con el ejemplo, la doctrina de la anastroferotia. Dos anécdotas, a beneficio de la fijación de una categoría.

En la promiscuidad de un balneario elegante, en el centro de Europa, una afinidad electiva que se ilumina y enciende. Solicita él; ella no resiste, pero aplaza. «Aquí, viviendo casi en familia y entre familias—dice con imperiosa delicadeza y valiéndose de símbolos froidianos—, un abandono había de traernos casi las repugnancias del complejo de Edipo». Viene, con el otoño, la separación. Una cita, para la próxima primavera, que exigirá un viaje algo largo por parte de cada uno. Cumplido el tiempo, la ocasión se aproxima. Pero he aquí que ella ha llegado a los brazos de él manchada de sangre y sin sentido. Se ha herido en el viaje. Ya para él los días

de compañía serán únicamente unas angustiosas jornadas de enfermero... Nueva cita para el agosto que viene. Este agosto es el agosto de la gran guerra. Unas pocas cartas trágicas al principio. Cuatro años mortales sin comunicación, sin noticias. Cuando el armisticio, ya los dos amantes han perdido recíprocamente el rastro. Dos años más se necesitan para que vuelen otra vez unas palabras de ella hasta él. Estas palabras cuentan la historia de un período. Ella se ha casado, le ha nacido un hijo de la guerra. Le espera a él, el verano próximo, en una estación alpina del centro de Europa.

Otra historia verídica, El, el gran violoncelista inglés, de arte austero y profundo, daba un concierto en una ciudad del mediodía. Desde un palco proscenio, una dama le oía, fijos en él unos grandes ojos, muy tristes, adonde inconscientemente se asomaba una especie de súplica. Terminó el concierto; al día siguiente abandonaba el músico aquella población. ¿Nada más? Nada más. Nada más, sino que dos años después, estando aquél en Londres, después de una temporada de enfermedad, de que dieron cuenta los periódicos del mundo, recibió una mañana un telegrama casi sin señas y sin ninguna firma, que decía, en francés: «*Je pars samedi...*» Empujado por mágicas seguridades de adivinación, dejó el artista Londres, atravesó el Canal, y el domingo por la mañana esperaba en los andenes del Quai d'Orsay. Minutos más tarde, sin poder hablar él, rendido por la emoción, sin poder hablar ella, él besaba entre pieles las dos manos morenas, frías y temblorosas de la dama del palco proscenio.

### Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

(A. B. C., Madrid).

EUGENIO D'ORS.

Si pesca un dolor de cabeza  
tome Obleas Cefálicas

Tienen  
cafeína



# 1) Página lírica

## de Luis L. Franco

### LA SONRISA DEL SOL Y LA RISA DEL AGUA

Regalo de la tierra que huele a viña y rosa...  
Del crespito rumor de agua... Del día  
[cristalino  
como tu trino, oh pájaro, que en esa  
[melodiosa  
invitación al gozo y al canto estás divino.

Maravilloso polen de oro es el sol. Del Este  
alienta un soplo pánico. En intrincado vuelo  
las golondrinas dicen su alegría celeste,  
y es como si el paisaje se impregnara de  
[cielo.

La inocencia del campo purifica. Con brío  
ritual una cigarra vibra su caracol.  
La soledad virgínea calla. Sonríe y río,  
oh agua, con tu risa, con tu risa, oh sol.

### AMANECER

Palidece la luna,  
se aclaran los confines,  
y es gárrula como una  
calandria la esquila que toca a maitines.

### ANOCHECER

Se ensombrece el valle; pero el cielo puro  
mira aún con dulces ojos de paloma...  
Y el lucero brilla ya en el horizonte  
que se aclara en nimbo: y el azul y oscuro  
y enorme y ceñudo misterio del monte  
va transfigurándose: y la luna asoma.

Locos, en los setos, tañen sus flautillos  
los grillos, los grillos, los grillos, los grillos...

La aldea se duerme como una paloma.

### PUBERTAS

Esta moza es de todas la más blanca  
y la más gárrula. Y la más arisca.  
Ya canta igual que una calandria. O trisca  
esbelta y ágil como una potranca.

### LA GOTA DE MIEL

Ya no esperaba nada  
de tu avaro querer,  
cuando hoy, al fin, me has dado  
tu gotita de miel:

con la boquita abierta,  
como besan los niños,  
con la boquita abierta,  
me has besado, cariño.

### AVE

Ave, llena eres de gracia por gracia  
del secreto vivo que esconde tu entraña.

(Esconde un misterio de alba tu vientre.  
Tu ombligo es el puro lucero del alba).

Misterio... Lo mismo que un corazón late,  
pálido, tu vientre, de emoción sagrada.

La luna es ahora benigna contigo;  
te besa y te vuelve más suave y más blanca.

Como si en tus venas hubiese instilado  
su miel, una pura delicia te embriaga.

La leche que afluye dichosa a tus senos  
todo el sér te llena de dulzura cándida.

Otras veces tienes rubores de novia,  
o dengues y antojos de niña mimada.

Te obsede el Pesebre... La estrella... los  
[magos...  
El Niño sonriente... la Madre beata...

Tu sonrisa tiene la clara inocencia  
con que él en tus brazos sonreirá mañana.

Hay un lento ritmo de cuna en tus pasos...  
Sólo para él vives ya en cuerpo y en alma!

Ave, llena eres de gracia. Así sea  
y bendito el fruto que guarda tu entraña.

### EPITALAMIO RUSTICO

Viene ya... Su andar llena de gracia los  
[caminos:  
sus caderas redondas y sus tobillos finos...

Llega sonriendo. La hago sentar en mis  
[rodillas.

Me abraza, estremeciéndose hasta en sus  
[pantorrillas.

Y para demostrarme que ella por mí está  
[loca,

su beso cruel y dulce me ha mordido la boca.  
Y es cosquillosa y ríe por todo. (Sus encías  
más frescas que la fresca pulpa de las  
[sandías).

...Como una rama al peso de su fruta  
[madura,

entre mis brazos fuertes la rinde la dulzura.  
Cómo pintar ahora, ni quién lo puede hacer,  
el divino paisaje de tu cuerpo, mujer.

El mirar de tus ojos anegados de amor...  
El temblor con que tiemblan tus párpados  
[en flor.

Tus cabellos que huelen... a qué sé yo... a  
[follaje

de nisperos, a parvas, a acequia, a miel  
[salvaje...

Tu risa, entre las risas clarísima y cordial,

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

donde—pastor—me abrevo como en un  
[manantial;  
y tus pechos que sacas para mí del corpiño,  
tímida, y que me ponen contento como un  
[niño;  
y tus codos lo mismo que huevos de paloma;  
tus rodillas lo mismo que pecho de paloma;  
tu vientre, aun en gracia de doncellez,  
[pulido  
como una guiija, y como fina arena, mullido  
(su ombligo es un hoyuelo de agua de  
[arroyuelo);  
y tu sexo amoroso y tibio como un nido.

### SIESTA

Echado bajo un joven limonero copudo,  
con la cabeza puesta sobre el brazo desnudo.

La acequia arrulla; el aire se ha dormido;  
[el sol tuesta.  
Oh, quieta maravilla profunda de la siesta.

Juguetean dos pájaros entre medio una  
[rama.  
Y sesga una libélula con ruidito de llama.

Sea como tu joven follaje, oh limonero,  
mi sueño: fresco, plácido, armonioso,  
[ligero...

### JUVENCIA

Está en la infancia o en la juventud  
la dicha?... Quién sabe! Lucha cada día  
por la plenitud  
de tu originalidad, tu fuerza y tu alegría:  
más atento, más seguro,  
más amplio, más lúcido, más puro...  
Conquista tu verdadera juventud!

### LOA DEL CUERPO SANO

Las bestias y las plantas te den el buen  
[consejo:

contéplate en tu cuerpo tal como en un  
[espejo.

Para tu gloria de hombre, prolongada en la  
[casta,

desnúdese tu cuerpo en la gimnasia casta,  
como una estatua. Puro y audaz tu cuerpo  
[entrega

a la gracia del aire y el sol. La diosa griega  
te unja con su óleo. El juego armonioso y  
[diverso

de tus músculos plázcate como el más bello  
[verso.

No así como el asceta ni como la ramera,  
sé dueño de tu cuerpo, que ésta es la ley  
[primera.

Un cuerpo hermoso, fuerte, sano, qué noble  
[palma.

Pero sirve a tu cuerpo para servir a tu alma.  
Y no des uno al diablo ni la otra des a Dios,  
y ojalá te tuvieran sin cuidado estos dos!

Cuerpo, loado seas en tu carne y tu hueso,  
tus nervios y tu sangre, tu semen y tu seso.

(Del tomo *Libro del Gay Vivir*,  
por Luis L. Franco,  
Buenos Aires, 1923).

# Los viejos errores sobre la mujer

Es curiosa y digna de atención la manera consecutiva e invariable con que los hombres han errado desde el principio del mundo al juzgarnos a las mujeres. Ni los antiguos con sus leyes atrabiliarias, ni los de la Edad Media, que veían en cada mujer una posible endemoniada, ni los modernos con sus antojadizos puntos de vista y sus argumentos en pro y en contra, demuestran el menor conocimiento sobre la verdad de nuestra psiquis, en realidad menos complicada, mucho más sencilla de lo que pudiera suponerse. Ofuscados a causa de sus mismos errores y del incalculable número de sus contradicciones, se pierden en razonamientos tortuosos, en análisis demasiado sutiles, mientras algunos, los más justicieros, suelen exclamar casi suspirando: «¡Qué oscuro enigma es la mujer!».

Toca ahora preguntarse, mientras siguen los hombres inventando nuevas teorías, ¿qué piensa la mujer? «La mujer no piensa, argüirá más de un schopenhaueriano, ya que el hecho de pensar supone la frecuencia en las ideas y las mujeres deben tenerlas tan cortas como largos sus cabellos». Pero si con el correr de los años, las cabelleras femeninas no alcanzan ya la antigua longitud, ¿no habrá sido posible que sus ideas se hayan desarrollado con la misma facilidad? Si logramos probarlo, el más ilustre de los misógenos, el agrio autor de *Parerga y Paralipomena* acaso resulte mal puesto.

Las mujeres, escudadas tras de su invulnerable coquetería, sonrían, sonrían (¿cómo negar o defender nuestra coquetería?) ante los helados volúmenes del oso tudesco que olvida el valor de los sentimientos porque sólo ha visto el espectáculo del mundo como una simple voluntad y representación. Sonríen, porque acaso piensan que los filósofos y sus teorías no deben preocuparles mayormente mientras el mundo rueda y ella siga ejerciendo el pasivo dominio que impone su esclavitud risueña.

Pero es tiempo de dejar de reír. ¿Por qué no habría de intentarse la obra reparadora que procure desmentir a sus más fieros impugnadores, desde los que la odiaron siempre por oscuro rencor hacia la vida misma, ya que ella se inició en un vientre de mujer, hasta los que se engañan de buena fe y la calumnian con amor, porque la desconocen?

De estos últimos, entre los que se encuentra Lombroso, que nos estima y Michelet que nos adora, nos defenderemos con amistad porque son nues-

tros amigos, buenos amigos mal informados que resultan heroicos en la sublime generosidad de amarnos a pesar de la ninguna virtud que nos atribuyen. Habitados ambos a la filosofía y a la erudición, estudiaron demasiado y sintieron poco. Mientras el primero analizó nuestro cráneo sin cogernos las manos ni mirarnos jamás hasta el fondo limpio de las pupilas, el segundo nos cubrió de flores imaginando la novela de una idealidad absurda en la cual la fantasía le arrastró muy lejos de toda realidad. Ni ellos ni los otros fueron capaces de auscultar la verdad en el latido de nuestro corazón, porque no quisieron escucharlo, desde que el necio Adán culpó cobardemente a su compañera de haberse dejado tentar por la serpiente de la eterna curiosidad cuando él, el fuerte, el predilecto depositario de la palabra de Dios, fué en verdad el único tentado y obligado a rendirse por su propia flaqueza. La injusticia es visible y así, desde el principio del mundo la mujer ha venido siendo víctima indispensable de acusaciones parecidas, contra las cuales nunca pudo o nunca quiso defenderse.

«La mujer es física e intelectualmente un hombre retardado», dice Lombroso, y luego, como para aligerar aderezándola esta su cruda afirmación agrega: «pero el hecho de que sea ella más piadosa y menos criminal, compensa esta inferioridad». Todo lo cual no obsta para que luego se contradiga cien veces en el curso de su peregrina obra: *La femme criminelle et prostituée*.

Y ya lo hemos advertido: Lombroso es uno de nuestros amigos... No se

crea sin embargo que nos anticipemos a afirmar la igualdad de nuestra capacidad intelectual con la del hombre. Si hemos de hablar sin embozo, estamos muy lejos de creerlo. Pero esta inferioridad que no trepidamos en reconocer es biológica, y por lo tanto irremediable, o es debida únicamente a la ancestral inactividad a que ha sido sometido nuestro cerebro? He ahí el problema, y la esperanza que nos concede la actual realidad.

Hoy por hoy, una mujer sólo por excepción es capaz de grandes empresas intelectuales. Aun cuando posea iniciativas evidentes, carece de las fuerzas necesarias para llevarlas a buen término. Además suele faltarle con demasiada frecuencia la confianza en sí misma, sin la cual no hay éxito posible. Las mujeres «genios» aún no han existido en las civilizaciones de Occidente. En cuanto a las de Oriente, ni siquiera se puede hacer mención, dada la regresión medioeval en que sigue encontrándose la condición mental y social de la mujer.

Sólo han existido mujeres de talento, tanto más brillante cuanto más viva ha sido su sensibilidad. ¿Nombres? Cogidos al azar: Ellen Key, Selma Lagerloff, Colette, Gabriela Mistral, Mme. de Noailles, Juana de Ibarbourou.

Sólo una mujer puede decirse que haya llegado al rango de una mujer de genio, y es Mme. Curie. Sin embargo ha declarado con hidalga franqueza: «mi marido es quien me ha educado; sola, nada habría llegado a ser». A pesar de todo, sólo debemos creer en nuestra inferioridad circunstancial, y no perder la esperanza de que en nuestro sexo también se dé el genio. Acaso falten años, quizás siglos, pero aquel día llegará en la obra lenta y acrisoladora de la evolución humana. No son, pues, derechos de superioridad o de

Quien habla de la

## CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS  
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS  
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPE  
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

igualdad los que venimos discutiendo. A este respecto tiene la palabra el porvenir. Lo que nos impulsa a una ardiente, casi a una airada protesta, tras larga e ignominiosa pasividad, es el perenne y deliberado error de los hombres que nos siguen atribuyendo hoy como ayer, una inferioridad mezquina, hija de vicios pequeños, de «defectillos» sin importancia, de pueriles iniquidades.

Existen vicios que, aunque anejos con más frecuencia al temperamento de los hombres, son considerados como propios y exclusivos de la mujer, inevitables en ella casi por ley biológica.

De esa manera todas deben ser forzosamente parlanchinas, curiosas, embusteras, avaras, falsas, imprudentes, indiscretas, peligrosas y, por último, enemigas declaradas de toda paz y concierto.

En este sentido, es la imaginación popular quien ha realizado la mayor propaganda. Son infinitos los refranes, cuentos y proverbios que, unidos a las afirmaciones de los hombres de ciencia, han sido acogidos después por generaciones sucesivas, cultas e incultas, para lanzarlos al rostro de la mujer cada vez que se ofrece, en son de broma cariñosa o de afirmación rotunda.

La frivolidad es, de los pequeños vicios, el más atribuído a las mujeres. Schopenhauer, especialmente, nos tuvo por excesivamente frívolas y por demasiado necias cuando así juzgó de nuestras preferencias de las que nunca supo nada.

«Las mujeres no se cuidan poco ni mucho de la hermosura del rostro. En general es la fuerza y el valor lo que las seduce. Las cualidades intelectuales no ejercen sobre ellas ninguna influencia directa e instintiva; la tontería no es despreciable para las mujeres, más aún, respecto de ellas es peligroso poseer una inteligencia superior y sobre todo «genio». Es innegable que el valor y la fuerza ejercen en las mujeres un arrebató momentáneo y un vivo entusiasmo».

Lo ejercen en todo el mundo, y con más frecuencia y pasión en los hombres que en las mujeres. Para referirnos sólo a la época contemporánea, ¿quiénes son los que convierten en verdaderos dioses al boxeador y al torero? La mujer asiste por excepción a los campeonatos de box, y en las plazas de toro se limita a aplaudir con discreto entusiasmo la gallardía y la prestancia del torero, que ante la arremetida ciega aparece tan frágil, tan heroico, tan digno, que recuerda la leyenda de David y Goliat. Pero mientras la mujer aplaude ¿qué hacen los hombres? Fuera de sí, delirantes, ¿no arrojan a la arena los sombreros, los zapatos y hasta las corbatas que llevan

puestas? A permitírsele el decoro, no dejarían prenda sobre sí que no arrojaran a sus favoritos en señal de aplauso o descontento. No negamos que los toreros y los boxeadores reciban, como ellos mismos alardean ante quienes los interrogan para los periódicos, «esqueletas perfumadas por centenares». Pero seguramente no son tantas, y perfumadas con Agua de Florida, no provienen de condesas, duquesas o damas de estimación, sino de modestas mujeres que entre los hombres que las rodean, no han visto por dentro ni por fuera nada mejor que el traje de luces. Por el contrario, no resulta arduo probar cuán afectas son las mujeres a prodigar su admiración al genio y aún al talento, por feas que sean las cabezas donde se albergan.

Los poetas tienen admiradoras numerosas, que si no siempre saben aquilatarles, por lo menos los comprenden con la amorosa sensibilidad que distingue a nuestro sexo.

Y así, los pintores y los escultores, los psicólogos y los filósofos, los hombres de ciencia y los grandes políticos, han contado siempre con admiradoras fervorosas. Conocido es el caso de Léonie León, la interesante mujer que amó a Gambetta con una de las

devociones más raras que registra la historia, manteniéndose siempre en abnegado retraimiento, impulsando su labor desde la sombra, trabajando por él, cuidando de su reputación y de su gloria con una celosa inquietud de madre-amante. Para citar un hecho reciente, valga el de Einstein que, en París, se vió acosado de mujeres. ¿Ridículo?... No, de ningún modo. Ciertamente que acaso en su totalidad no alcanzaron siquiera a vislumbrar su genio, pero le veneraron porque lo sintieron grande.

Y ejemplos parecidos se repiten a diario, no con genios, claro está, ya que el genio es flor rarísima que no se cultiva en todos los climas, pero sí con hombres de talento a quienes siempre ama alguna mujer silenciosamente, con el espíritu de rodillas, con la más horda y devota pasión.

La mujer, por lo menos la mujer con alguna cultura, sólo ama verdaderamente cuando admira, y es más grande el amor cuánto la admiración sea más fervorosa.

MARÍA MONVEL.

Santiago de Chile, 1923.

(Renovación, Buenos Aires).

## En la Cámara de París León Daudet

PERSONAS autorizadas me informan que ciertos pasajes de una de mis novelas pueden estimarse susceptibles de escandalizar las almas inocentes. En consecuencia, he tomado la resolución, que hago pública, de suprimir de mi obra la novela aludida, y suplico a mis editores que a partir de este momento la excluyan definitivamente de los catálogos. Dígnese Vuestra Excelencia aceptar la seguridad de mi sumisión filial y de mi profundo respeto».

Bajo esas líneas, publicadas en los diarios de París hace unas semanas, aparecía el nombre de León Daudet. Era una carta dirigida al arzobispo, cardenal Dubois. Los admiradores de Daudet, al leerla, se preguntaron un momento si el infatigable libelista estaba a punto de perder su antigua acometividad. ¿Se habría apagado, en el cincuentón de hoy, aquel ardor de impaciencia y de insulto que fué su característica más saliente? La duda duró sólo el espacio de veinticuatro horas. Al otro día *L'Action française*, el periódico que él dirige con Carlos Maurras, el eminente sociólogo, insertaba un editorial de Daudet que, aun

sin la firma, todos habrían reconocido como suyo: el mismo lenguaje vigoroso, chispeante, igual forma incisiva y acre, idéntico fuego de adjetivos contra Téry, contra los ex-Ministros Malvy, Caillaux. Y una quincena más tarde, al comenzar el período legislativo, los habituales del palacio Borbón saludaban a su hombre: en pie bajo un ciclón de anatemas, gesticulaba impetuoso como en sus mejores tiempos.

Pese a ese voto de humildad condensado en la misiva al arzobispo parisiense, el hijo de Alfonso Daudet continúa siendo el fogoso luchador atrevido y sin miedo de hace veinte años.

\* \*

No sería justo quizás afirmar que la personalidad de León Daudet sea la de más relieve de cuantas se destacan en la Cámara de Diputados francesa. Allí tiene un asiento el egotista Mauricio Barrés y otros literatos de primera fila. Se ven además las siluetas de Raimundo Poincaré, con su nariz abollada y su pasito lento de gran trabajo sedentario lleno de fatiga; del académico Luis Barthou, con su aire

de bull-dog hurraño y mal genioso; de Viviani, el orador de quien, como de Dumas padre, se diría que es una fuerza de la naturaleza. Pero ninguna tan original, tan rebelde, tan escasamente oficial como la de Daudet.

Su prestigio no le viene exclusivamente de la política; la cámara se limitó a consagrarlo. Si el autor de *El viaje de Shakespeare* fuera solo un diputado, un politicastro a secas, ningún mérito tendrían esas algaradas que provocan sus arengas, ni nadie toleraría los improperios cotidianos que lanza en *L'Action française*. Mas él representa un tipo de hombre político que en nuestra América, salvo las excepciones de Salvador Díaz Mirón en Méjico, de Santos Chocano un poco en todas partes, de Blanco Fombona en Venezuela, es casi desconocido: el del intelectual que desafía todos los peligros por defender una bandera, el del artista que alza las mangas de su camisa y combate en plena calle por imponer un dogma y esgrime la pluma igual que una espada, cuando no se sirve simultáneamente de la espada y de la pluma. Hoy Daudet puede darse el lujo de pasar por cobarde. Hace poco recibió la visita de dos señores que, en nombre de un tercero, le pedían rectificara ciertas frases injuriosas. El respondió negándose a la retractación, sin aceptar el duelo que lógicamente debía seguir. Nadie, sin embargo, le acusó de pusilanimidad, porque sus lances de honor pasaron ya, por el número, al dominio de lo caballeresco. Y esos encuentros no tuvieron más que una razón íntima, aunque pudieron variar en la forma: la violencia al luchar por una doctrina literaria o política—política sobre todo—o a destruirla cuando ha sido opuesta a la suya.

Muchos, especialmente los ecuánimes, objetarán que no siempre es preciso, para propagar una idea, enlodar a los mantenedores de la idea contraria. En efecto, el amor a un ideal no impone invariablemente la barricada o el tumulto. No obstante, esta es una cuestión de temperamento y de convicción. Daudet sostiene que el único remedio eficaz para destruir una teoría nociva, consiste en socavar, en vilipendiar cuanto sea posible la personalidad de aquel que la sustenta. En su libro *El estúpido siglo diez y nueve*, p. 9, él explica así la utilidad de la violencia, coincidiendo con el filósofo Balmes.

«Las polémicas *ad principia* tienen su autoridad y su valor. Pero ellas no resultan percutientes sino cuando se encarnan, cuando se transforman en polémicas *ad personas*, al menos en lo que respecta a los vivos. Usted complica la labor, gritan los perezosos y los tímidos. Para vosotros quizás, que

os contentáis de un remedo de lucha y de falsas victorias académicas. Nosotros, al revés, las simplificamos para aquellos que desean resultados tangibles, positivos, sólidos.»

Y en el mismo volumen, p. 54, repite con Maquiavelo: «No perdonéis jamás a un enemigo público ni privado. Si lo tratáis con benevolencia, él, cuando la ocasión se presente, no os perdonará. Vuestra ridícula generosidad ocasiona la desgracia de vuestro país, o de vuestra familia.»

Semejante concepción de la vida necesariamente debía llevarlo muchas veces a los extremos. Con frecuencia practicó una suerte de sacrilegio al llenar de epítetos crueles la memoria de literatos gloriosos como Zola, como Víctor Hugo (con cuya nieta, Jeanne Hugo, contrajo matrimonio a los veintisiete años), de políticos como Waldeck Rousseau, como Gambetta, etc. Bien podemos perdonar esos excesos a este inconforme cuya actitud viril frente a los poderosos es la mejor prueba de la sinceridad que pone en sus credos.

Es muy proteica la figura de León Daudet, y tanto, que una sola de sus fases bastaría al interés de un estudio. Yo me limitaré a esbozarla a grandes trazos, dejando a otros la tarea de definirla.

\* \*

Hay en él el diarista, y, dentro de ese redactor de artículos cotidianos se descubre, ora un filósofo, ora un artista, ya un erudito escrupuloso, ya un crítico, o un político apasionado, y siempre un hombre de acción. Viene después el autor de libros y en esta otra modalidad revélase cronista admirable al evocar los personajes ilustres conocidos en los salones parisienses (*Devant la douleur, Salons et Journaux*); historiador deslumbrado ante la dictadura—, que exalta con fervor, —del voluptuoso rival de Mario (*Sylla et son Destin*); patriota avisado que profetiza la sangrienta hecatombe 1914-1918 (*L'Avant Guerre*); psicólogo profundo (*L'Hérédito*); ironista con mucho del espíritu molieresco por el don de la burla y por el desprecio a

los médicos (*Les Morticoles*); y en todas las páginas prosista suntuoso y sugerente. Para que no le falte ninguna superioridad, en (*L'Entremetteuse*), —la novela que en su epístola al arzobispo dice suprimir de la circulación—nos sorprende con intensas descripciones donde la pluma que a diario se empapa en vitriolo adquiere la agudeza maliciosa de una flecha de Eros, pero de un Eros complicado y refinado por largos estudios en la Salpetiere. Muy pocos escritores manejan con igual perfección ese arte difícilísimo de pasar de un estilo a otro, de cambiar de tema en un mismo día sin que el lector sospeche el doloroso esfuerzo que esa metamorfosis representa. Daudet no atribuye al diarismo, como hacen otros, un poder destructor o aniquilador, ni le acusa de avillanar el estilo por la precipitación con que deben redactarse esas páginas condenadas a vivir lo que las rosas. Todo lo contrario: proclama que él ha sido su mejor escuela, y que le debe la flexibilidad, la facilidad para construir frases ligeras, armoniosas y sobrias.

Sin duda el periodismo le ha dado también esa independencia de criterio que constituye una gran parte de su originalidad, ese no sé qué de revolucionario en la prosa que tan admirablemente se acopla con su temperamento.

A primera vista creemos imposible que un solo hombre pueda afrontar tan diversas y complejas actividades. Daudet publica uno o dos volúmenes por año, asiste a todas las sesiones de la cámara, es miembro de la academia Goncourt, lo que entraña la obligación de leer una serie de libros inéditos, y aun le ha sobrado tiempo últimamente para intervenir, con Paúl Bourget, Mauricio Barrés y otros más, en la distribución de un premio de veinte mil francos a la mejor novela moderna. A la vez pronuncia conferencias, organiza mítines de difusión monarquista y, casi hasta hoy, todavía encontraba una hora desocupada para medir sus armas con algún enemigo. ¿Cómo, después de uno de esos escándalos que su *verve* levanta en el palacio de los

## BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones  
**ASTOR:**

ELIXIR ANTIPALÚDICO  
VERMÍFUGO  
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE
COSTA RICA

Botbones, este hombre encuentra reposo y serenidad de alma para escribir un ensayo de psicología o de crítica literaria?

Porque sus motines—no hiperbolizo—de la cámara pueden contarse por número de sesiones. Daudet es de los primeros en llegar al hemicycle. Entra lento, parsimonioso, casi siempre con un pañuelo en la diestra. Las tribunas públicas están ya invadidas por una multitud elegante donde los sombreros femeninos, variando en colores y formas hasta lo imprevisto, sugieren de pronto la idea de un vasto campo de carreras en día de moda. El diputado se sienta, y, maquinalmente, se cruza de brazos. En ese gesto automático hay, más que una actitud de espera o de resignación, algo impaciente como un reto. Parece decir a los colegas que van ocupando sus puestos:

—Empezad pronto, que os espero...

Sin embargo, no penséis que este hombre irascible se deleita en actitudes descorteses o plebeyas. Nada más opuesto. Se observa en él una exquisita elegancia de maneras, una compostura distinguida que efectivamente contrasta con la acritud que desplegará más tarde. Pero vemos que no hay en su empaque ninguna *pose* largamente estudiada.

Los que sólo lo conocen a través de sus escritos se lo imaginan alto, fuerte, arrogante, en un perpetuo desenfado a lo Cyrano. Pero no. Pequeño, rechoncho, con una extraña nariz de cotorra, unas manos regordetas, casi diminutas, León Daudet más bien parece un colegial en días de asueto. Con todo, su frente no nos engaña. Es una frente de pensador, amplia, ancha, que se adentra en el cráneo como una franja luminosa, perdiéndose en los surcos grises de la cabellera. Tampoco nos equivocamos al mirar su boca, donde se cristalizó una sonrisa desencantada y amarga. Hay en ella una contracción desesperada, despreciativa, que no desaparece en los instantes de calma, y menos cuando alguno de sus apóstrofes desencadena la tormenta en el recinto cameral.

Cuando sus adversarios, los Marcel Cachin, los Lafont, los León Blum, los Herriot, los Aristides Briand, consumen un turno, él escucha atentamente. En su pupitre no hay jamás una carta, ni un periódico, como si este literato quisiera dar a entender a sus colegas de Francia y... de otra parte, que un representante debe asistir a la cámara para darse cuenta de lo que digan sus compañeros y no para leer los billetes de la cocinera o de otra señora de intimidades. Daudet no pierde ninguna ocasión de interrumpirlos, de lanzarles chirigotas envenenadas, de cortar el curso de sus ideas, si ideas hay. Y entonces la asamblea,

hasta allí sosegada, se transforma en coliseo irritado. Todo el mundo grita. Los diputados de la extrema izquierda saltan endemoniados. En las curules del centro manotean los republicanos. Y en la extrema derecha León Daudet, sostenido por los aplausos de sus correligionarios, increpa airado a los socialistas o al ministerio en pleno; su voz, por un prodigio que la lógica no sabría explicar, pero que acaso nos definiría la psicología de las multitudes, logra dominar el mare magnum. ¿Qué prestigio, que misterioso acento de convicción ardiente tienen sus palabras que de tal modo todos, aún sabiéndolas quemantes como brasas, hacen silencio para oírlas?

Unos minutos después de haber terminado su protesta o su vituperio, renace el desconcierto. Es que nuevamente, aprovechando alguna coyuntura imprevista, llamó a Briand traidor de la patria y dijo que era preciso fusilarlo como a Bolo, o acusó de malhechores al grupo de los anticlericales, o disparó, contra los *alateres* de Cachin, un vocablo que la corrección impide repetir. Raúl Péret agita la campanilla, se enronquece, golpea con una regla la mesa presidencial y al presentir que su honorabilidad corre el riesgo de zozobrar en aquel mar tempestuoso, y que nadie obedecerá a sus imperativas llamadas al orden, decide coger su chistera y, solemnemente,  *cubrirse*. La sesión ha terminado. Los labios de Daudet, sardónicos, amargados, continúan sonriendo...

Cuando le toca hablar desde la tribuna, los escándalos son todavía mayores. Apenas la presidencia anuncia su turno, un inquieto murmullo puebla la Cámara. Los socialistas, los *caillautistas*, los republicanos del centro, todos, en fin, salvo una minoría de veinte y tantos realistas, quieren impedir su discurso. De antemano saben los diferentes grupos que el orador clamará contra ellos, que los insultará sin piedad, sin reticencias. Daudet cruza los brazos sobre el pecho según su costumbre, mira fríamente hacia las tribunas y en esa actitud napoleónica, de calma aparente, espera que el presidente imponga silen-

cio. Al fin comienza. Pero el primer párrafo es ya una descarga.

—Truhán, le gritan unos.—*Salop*, vociferan otros.—Es intolerable que un diputado nos maltrate así, profieren algunos.

Bajo la granizada de protestas, la sonrisa de Daudet se transforma en mueca. En aquel momento su voz es una espada de mil puntas, tal el brío con que rechaza los ataques y el arte único de herir a varios no dirigiéndose sino a un solo contrincante. Es una esgrima del verbo, luminosa, impetuosa, tan diestra en la *riposte* como vigorosa y hábil en la parada... Y de pronto, sin que el espectador sepa exactamente en qué momento ni debido a qué fenómeno, no resuena más eco que el de su palabra. El furor de la ola se hizo atención casi respetuosa. El que ahora habla no es el jefe del partido realista, el exaltado secuaz de monseñor el duque de Orleans, que grita colérico a todos los vientos la urgencia de retornar a la monarquía, tampoco el áspero diarista que a la mañana siguiente renovará el léxico tendencioso. En su expresión se adivina la gran fuerza oculta de un sincero patriota, del convencido de una causa utópica tal vez, pero defendida con obstinaciones de iluminado. Y siempre que Daudet abandona el campo de lo personal, de la agresión directa, para entrar en el más vasto dominio de lo doctrinario, sin perder no obstante el tono duro del heresiarca, el congreso lo aplaude o escucha reflexivo. Porque acaso nada se impone con más fuerza a la admiración de los hombres inteligentes, que un magnífico alarde de energía puesta al servicio de una convicción, como si los versos de Edmundo Rostand,

L'utilité de la colère,  
Des belles chutes et des sauts

debieran aplicarse, más que al agua, a los grandes parlamentos.

El auditorio adivina que el violento acusador de hace un instante se ha transformado en portavoz de muchos ideales nacionales, en intérprete de almas. Cuando descende de la tribuna, sus amigos lo abrazan conmovidos. Y Raimundo Poincaré (el único prestigio político que León Daudet ha combatido sin poner en práctica su teoría de las polémicas *ad personas*) le sigue hasta su banco con una larga mirada fraternal y paternal en la que parece leerse:

—Lástima de muchacho que con tan bello talento no quiera defender la idea republicana...

Así, el más odiado de los diputados franceses, es el más admirado.

J. DE LA LUZ LEÓN

París, 1923.

### Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

# Noticiario

(1923)

En la mañana del 28 de octubre pasado se inauguraron las primeras veinte casas construidas en el barrio obrero 1º DE MAYO, en San Cristóbal, Bogotá. En nombre del Cabildo habló el Dr. Eduardo Santos. Veamos algunos párrafos de su discurso:

Señor Alcalde, señores:

Un genuino bogotano, a quien por tradición le viene el amor a su ciudad natal y el celo por los asuntos públicos, sintetizó en una frase gráfica el programa que quiso desarrollar desde la Alcaldía: «No quisiera —dijo— colocar primeras piedras, sino últimas tejas». El Concejo en cuyo nombre tengo el honor de dirigiros la palabra, ha tenido la fortuna de celebrar en este sitio ambas ceremonias. El 1º de mayo, no hace todavía seis meses, inauguró el barrio con una piedra blanca sobre la cual muchos ironizaron, y hoy presenta concluido el primer grupo de casas para obreros, acallando así ironías con la realidad que entonces parecía ensueño vano.

## EL CONCEJO Y LAS HABITACIONES OBRERAS

El Concejo que concluye sus labores, ha creído que una de las mayores necesidades materiales y morales de Bogotá es la de dar al pueblo trabajador habitaciones decentes, sanas, hermosas. La lucha contra el vicio y contra la taberna debe principiarse dando al obrero lo que le falta: un hogar, un domicilio en donde la vida le sea grata, y del que no tenga que huir en busca de lugares que le hagan olvidar el horror del tugurio. La casa limpia, higiénica, alegre, levanta el espíritu y lleva a él nobles nociones de dignidad y de independencia; su ambiente forma un criterio moral vigoroso, y todos sabéis cómo en la base de la grandeza británica está el *sweet home*, el dulce hogar que constituye la íntima fortaleza, el hogar sagrado en donde se desarrolla la vida y crece la familia, y van formándose las generaciones del porvenir.

En Bogotá, para las clases pobres, eso casi no ha existido, y viven ellas en condiciones que inspiran no lástima sino honda indignación. Pagan a precios para ellas irresistibles, habitaciones infectas, a las cuales, con razón, van lo menos posible. Son explotadas por capitalistas inmisericordes, y carecen de cuanto puede embellecer la vida, que tiene que ser una carga odiosa en esas pequeñas habitaciones nauseabundas, en donde se acumulan todas las amarguras de la miseria, de la fealdad, de la infección constante... El Código Penal, señores, encierra una enorme injusticia al castigar a delinquentes que se han formado en ese

medio, del cual es responsable la sociedad, y que es propicio a todas las caídas y a todas las faltas. Y la sociedad que permite este estado de cosas, podrá defenderse, porque es fuerte, contra lo que al fin y al cabo no es sino su consecuencia necesaria, pero no puede hablar de que castiga con derecho, porque a su incuria se debe el que en su seno surjan esas flores del mal.

Hemos querido principiar la lucha contra esa iniquidad, y este grupo de casas es el resultado consolador de nuestro esfuerzo. A algunos parecerán ellas demasiado buenas, superiores a lo que nuestro pueblo necesita, y precisamente hemos querido enfrentarnos a ese concepto en que se refleja el pensamiento humilde con que miramos todas las cosas. Al pueblo es preciso obligarlo a mirar hacia arriba, darle ambiciones y deseos, sacudir su apatía y mostrarle que debe aspirar a una vida mejor. Hemos querido darle casas, hogares, y no simplemente abrigos para la intemperie. Con lo que muchos obreros pagan por habitaciones sórdidas y antihigiénicas, podrán venir a vivir aquí, y a tratar de adquirir la propiedad de sus domicilios. Y vivirán, aquí, libres, dueños de sí mismos, señores de su voluntad y de sus ideas, porque esto no es ni será una colonia, sino una prolongación de la ciudad, un barrio nuevo que deseamos sea el centro de una verdadera población obrera, sana y fuerte.

## EL FUTURO DE BOGOTÁ

Excusad si os he obligado, como pago a la gentileza con que habéis aceptado la invitación del Concejo, a oír esta enumeración descarnada de algo de cuanto él ha hecho. Una de sus mejores obras es la de haber colocado al Municipio en el primer plano de las preocupaciones ciudadanas, de haber despertado el interés público, que no es sino curiosidad y celo por los asuntos que atañen al bien común, hasta el punto de que hoy no es indiferente para ningún habitante de Bogotá lo que ocurre en la administración municipal, seguida hoy por todos con viva y salvadora atención.

Bien lo merece esta ciudad admirable, que cuantos en ella nacimos miramos con amor

## EN VENTA:

Pinocho, Chapete y los Reyes Magos.

La ofensiva de Pinocho.

Pinocho y la Reina Comino

A € 1-00 cada uno

filial, y que como madre acoge a cuantos buscan su regazo. Su desarrollo prodigioso lo dirá bien un solo detalle: su presupuesto de rentas para el año de 1903 fué de \$ 12.616.61 oro, y para el año entrante será de \$ 2.300.000. Entonces no poseía bienes ningunos el Municipio, y hoy tiene el Acueducto, el Tranvía, las hoyas hidrográficas. Su deuda total no alcanza a \$ 2.200.000, menos de la mitad de lo que vale el solo Tranvía municipal. Y el día en que se logre conseguir el empréstito que con tanta urgencia se necesita, Bogotá se colocará rápidamente a la altura de las grandes capitales, ayudada por la índole gentil de sus moradores, por lo sano de su clima y la belleza de sus paisajes, por cuanto convierte a este nido de águilas colocado a la sombra protectora de los dos cerros hermanos, en un lugar en donde es grata la vida y fácil el ensueño, donde de las señoriales tradiciones brota la hidalguía espiritual en los caballeros, y en las damas el limpio decoro que pone en torno de sus encantos una luminosa aureola.

En nombre del Cabildo de Bogotá, declaro solemnemente inaugurado este primer núcleo del barrio 1º DE MAYO; pueda él crecer con los años hasta donde nosotros lo deseamos, y ser para Bogotá una nueva fuente de vida y de fuerza, y para el pueblo un factor de redención y de mejoramiento efectivo de su vida; pueda a la sombra de sus tejados y en la clara luz de sus calles, levantarse una generación sana y fuerte que dé lustre a Colombia y alas a la democracia; que realice las justas reivindicaciones populares y tenga capacidades y energías para establecer la justicia social en todo su esplendor y para lograr que en la clásica urbe de las granadas de oro, cuantos trabajen y luchen, disfruten de los resultados de su esfuerzo y tengan refugio supremo en un hogar sano, alegre y decoroso.

El discurso alusivo del Dr. Luis de Greiff es como sigue:

Señores miembros del Concejo, señor Alcalde, señores:

La Cámara de Representantes me ha hecho el honor de comisionarme, en asocio de mis distinguidos colegas González y Méndez, para que presente al Concejo Municipal y al pueblo obrero de esta ciudad el testimonio de su complacencia por la manera acertada como se ha dado principio al cumplimiento de la Ley 46 de 1918, sobre construcción de habitaciones higiénicas para las clases trabajadoras y desvalidas. Nada más grato para mí que ser el vocero de aquella alta corporación en este día en que sus anhelos en favor del proletariado y de las reivindicaciones obreras no son vanas promesas, sino conquistas efectivas de la más trascendental importancia para el bienestar de un puñado de humildes y laboriosos ciudadanos.

La labor de los legisladores en pro del mejoramiento moral y económico de las clases obreras ha sido, entre nosotros, demasiado lenta y parsimoniosa. Existe en nues-

tro suelo el problema obrero, la lucha entre el capitalismo absorbente y mezquino y el operario mal remunerado y sufrido, aunque no con los caracteres que presenta en los grandes centros fabriles de Europa, y ya la opinión pública principia a preocuparse por estas cuestiones y a interesarse por las reformas sociales. Apenas se han sentado las bases de la legislación obrera, con la ley sobre reparaciones por accidentes del trabajo y sobre seguro colectivo obligatorio, un poco deficientes, pero que ya han empezado a producir magníficos resultados en las grandes empresas industriales; a estas leyes de vital importancia se agrega la que dispone la construcción de habitaciones higiénicas, que, merced a los esfuerzos de esta progresista Municipalidad, presenta hoy a los obreros de la capital la ocasión de mejorar un poco su vida tormentosa y resignada. En vez de las viviendas malsanas que a fuerza de privaciones han venido ocupando, en vez de esos tugurios infelices, sin luz, sin aire, sin alegría, se les ofrece hoy, en condiciones muy favorables, un grupo de habitaciones modestas, pero sanas, que representan en parte las contribuciones que ese mismo pueblo ha venido pagando, para el sostenimiento del servicio administrativo.

Pero es preciso que la acción legislativa no se limite a estos primeros pasos en bien del obrerismo; cursan en las Cámaras algunos proyectos de suma importancia, tendientes a mejorar la condición de los obreros en las empresas oficiales, en las fábricas y en los talleres, como el de creación de la Oficina de Trabajo, de participación de los factores o empleados en las utilidades de los negocios, el de vacaciones remuneradas en días de fiesta y algunos otros que es necesario agitar, para que sean pronto leyes de la República. De manera que se siente hoy un movimiento de simpatía de parte de los legisladores hacia la solución de los problemas sociales, que será en extremo beneficioso para el progreso nacional, si se lleva a la práctica sin pueriles temores, y si a la acción oficial corresponde, por parte de los trabajadores, su esfuerzo propio, individual y colectivo, en defensa de los intereses gremiales.

Ese esfuerzo de los laboradores por sus propios intereses debe encaminarse, especialmente, a la fundación y al fomento de las sociedades de mutualidad y de cooperación, labor gremial en que se olvidan las divisiones partidaristas, para buscar solamente la solidaridad obrera, el compañerismo de esas fuerzas vivas creadoras de riqueza, con la mira inmediata de procurar su bienestar social y su mejoramiento económico, y con el noble empeño de contribuir de esta manera al progreso local y al engrandecimiento de la Patria.

Digna de aplauso es la labor del Concejo en la realización de la Ley 46, aplauso que hago extensivo a la Sociedad de Construcciones, que ha secundado esa iniciativa, y a los arquitectos, de la Cruz y Pérez, que han

dirigido la obra. Es de esperarse que los nuevos ediles se esfuercen por continuarla, pues la higienización de la vivienda conforta el ánimo del trabajador, vigoriza su cuerpo y le da bríos para procurar su higienización espiritual, su perfeccionamiento moral e intelectual.

«La cuestión de las habitaciones—dice don Adolfo Posada—es, sin duda, capital en este movimiento de reforma social que agita al mundo: una casa alegre, aireada, con vistas risueñas, es la condición de una vida equilibrada, racional, de una vida que puede concentrarse en la familia, para irradiar luego, con influjos de paz y de concordia y de amor al prójimo, por todas las clases sociales. Nada puede sugerir, nada sugiere, de seguro, el odio de las clases, la oposición de intereses, la lucha, como el contraste entre el palacio suntuoso, de lujo espléndido, y la pocilga inmunda, que tan a menudo presentan las aglomeraciones urbanas, o sencillamente, las barriadas que se construyen alrededor de una fábrica, muy cerca de la morada señorial del director y alto personal de la empresa. ¡Qué ideas de lucha, de odio, de indignación con la propia suerte no tienen que engendrar las espontáneas comparaciones entre las respectivas posiciones sociales, que de la contemplación de ese contraste violento nacen sin remedio!»

El gran conflicto europeo que terminó con el triunfo de la libertad sobre el imperialismo, y que dejó anegadas en sangre y empobrecidas las más ricas e industriosas naciones del Viejo Mundo, ha venido a producir entre nosotros—como en todos los pueblos nuevos cuyo desarrollo económico está subordinado al rodaje de los grandes países productores—un desequilibrio de orden económico que afecta hondamente los sentimientos colectivos de expansión y de defensa social. Ese equilibrio social, base de la igualdad y de la fraternidad que simboliza la bandera de toda democracia, se obtiene con reformas legales que mejoren la condición social de los trabajadores. Esa agitación no envuelve un peligro para el orden, sino que entraña aspiraciones legítimas de renovación y de progreso que es preciso atender. Mirémosla con simpatía y no con recelo; prestémosle nuestro apoyo moral, como hermanos, como ciudadanos de una verdadera democracia.

Esa agitación social no es amenaza, sino un grito de angustia de los desheredados de la fortuna: es la voz de una legión, y a esa numerosa legión podemos aplicar el concepto de Fernández Ardavín:

«Horda vandálica la llaman—los que arraigaron en la vida bien,—y áurea esperanza, los que sufren—pluma en la mar—el desigual vaivén».

He dicho.

(El Tiempo, Bogotá).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

## A propósito de elecciones

... Hoy el secreto del voto está en la ley. Mas no está en la práctica, sobre todo en los distritos rurales. Las papeletas se distinguen tan perfectamente—no lo descuidan los caciques—, que los interventores suelen ir apuntando los sufragios que, a favor de uno u otro candidato, se van emitiendo durante la votación, sin necesidad de esperar a que llegue el escrutinio.

—Esa papeleta es la conciencia; pero esta otra es el pan—decía un labriego la víspera de las elecciones, pensando en las represalias caciquiles a la hora de los repartos vecinales.

—No importa—le replicaba el médico, espíritu independiente—; tomas la papeleta del pan, tachas así, con una línea fina, el nombre que lleva impreso, y escribes sobre él con débiles trazos ese otro nombre que te dicta la conciencia.

Y al decirlo, el doctor lo iba ejecutando con su estilográfica...

—Muy bien, muy bien, Don Fulano: deme esa papeleta, así enmendada, y yo le aseguro que mañana la encontrará dentro de la urna.

Al otro día, el campesino, con una papeleta en la mano, halló a su amigo el médico a la puerta del colegio electoral.

—¡Ay, Don Fulano!—díjole en seguida—. Me ha de perdonar, pero yo no puedo, no puedo votar aquella papeleta que usted me dio...

Entró luego el buen hombre, depositó su hojita doblada, y salió cabizbajo del local. Al hacerse después el escrutinio apareció, no obstante, la papeleta en cuestión. El labriego había cumplido su palabra. «Mañana la encontrará en la urna». Pero, ¡lo que hubo de discurrir en su recelo lugareño para asegurarse el secreto del voto!

¿Remedios más hondos, generales y decisivos? En primer lugar, todos los que den a los hombres independencia económica, porque la mitad del vasallaje es pobreza. La otra mitad es ignorancia. Aumentando la enseñanza, los medios de comunicación, el contacto con la vida moderna, se van destruyendo los feudos políticos. El caciquismo vive de la falta de opinión cívica. Contra el caciquismo, nada en definitiva sería capaz mientras no se susciten fuertes, sanas, generosas corrientes de opinión pública. No nace de la política el caciquismo, sino de la ausencia de verdadera política. Donde hay ideas, discusión sincera, pasión por los problemas nacionales, no encuentran terreno en qué arraigar los caciques. Sólo desaparecerá completamente el caciquismo allí donde al organismo social se le dé un espíritu, un alma; allí donde se formen una conciencia pública y una voluntad colectiva. El caciquismo, en el fondo de sus turbias lagunas, se escapa a través de todas las redes, pero muere, como el pez en el aire, en un ambiente de cultura y de libertad.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).